

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 20 de Octubre de 1879.

NUESTROS MARINOS EN MURCIA.

NUEVOS EPISODIOS E INCIDENCIAS.

Anteayer nos ocupamos de los individuos de esta matrícula de mar, barquilleros y pescadores que voluntariamente pasaron á la capital de la provincia en auxilio de las víctimas de la inundacion; dimos á conocer los hechos llevados á cabo por ellos, y por ellos referidos; hoy toca hacerlo de los destinados al servicio de los bajeles de guerra que en número de veinticuatro, y bajo las órdenes del primer contramaestre graduado de Alférez de navio don Leandro Guillen pasaron tambien á Murcia formando parte de la expedicion de socorro que llevó el Excelentísimo Sr. General Gobernador de esta plaza D. Manuel Alarcon.

Sin poderlos llamar voluntarios, cual á sus compañeros de fatiga, como no puede serlo el que no tiene otra voluntad que la de sus jefes, no por eso dejau de ser sus servicios tan meritorios en el caso presente como los de aquellos, y tan voluntariosos dentro de sus mismos deberes, cual demostrados quedan en el celo y buen deseo con que han rivalizado en la mision salvadora que se les confiara. Juntos fueron con los voluntarios; al par de ellos botaron sus lanchas al lago inmenso de la desolacion; en ellas han surcado sus ámbitos; valerosos despreciaron el peligro y arrostraron la muerte; Providencia han sido de los desdichados que esperaban la suya como cierta; con ellos, satisfecha su mision, han regresado, sin tener afortunadamente que lamentar la pérdida de ninguno, no obstante ser en su mayor número gente hisoña en el servicio, sin práctica marinera, ni experimentada todavia en los peligros del mar. Esto hace el más cumplido elogio de la inteligencia y acertada direccion del Sr. Guillen. ¡Ojalá que su marcha de aquí la hubieran verificado desde el momento que estuvieron listos! Tal vez se hubieran podido conquistar algunas víctimas más á la muerte. Pero parece ser que el Excmo Sr. Capitan general del Departamento no recibió aviso del conflicto de parte de la autoridad civil de la provincia; ni hubo de manda de auxilio, no obstante ser los de la Marina los llamados en primer término; el gobernador civil solo pidió ingenieros al de la plaza. Este, comprendiéndolo de otro modo, pidiólos á aquella autoridad y al capitan del puerto, los cuales fueron puestos inmediatamente á su dispo-

sicion; y en espera del relevo de la fuerza solicitada, que se hallaba en aquel día de servicio, se hicieron las once de la mañana cuando partió la expedicion.

Sin embargo: aun se llegó á tiempo de hacer mucho. Las lanchas se botaron seguidamente al agua y comenzó la tarea.

R ferir aquí los episodios é incidentes ocurridos seria largo de contar. Concretémoslos, pues á algunos de los más notables, tomados á viva voz de los mismos marineros.

Una de las lanchas dirigida por el buzo del Arsenal Antonio Montoro, se dirige á reconocer una barraca destrozada, sobre cuyas ruinas parecian distinguirse objetos que se movian. No se engañó Montoro. Aquellos objetos eran una anciana octogenaria, una jumenta, y no se que otros animalitos. La pobre vieja vestia dos zagaleros, uno por saya y otro ceñido al cuello; ambas enlodadas, como si hubieren sido extraídas de las ruinas. Invitada por aquel á que entrara en la embarcacion, contestóte negativamente: diciendo, que como dejaba de aquel modo á su *burrucha* (La jumenta estaba preñada.)

Montoro fué á dar parte de ello al general gobernador que se hallaba dando disposiciones sobre la via férrea; y este le mandó que viese, con orden de no admitir más que personas. Vuelto al lugar del siniestro, manifestó á la anciana las órdenes que traia; y la contestacion fué más concluyente: que por nada del mundo dejaba á su *burrucha*. Volvió Montoro, de nuevo á tierra, y entonces recibió órdenes más terminantes. Este salta sobre la barraca, y que quieras que no logra arrastrar á la anciana hasta el costado de la embarcacion; pero ya con un pié en ella se niega tenazmente á entrar, y alza el puño para descargarlo sobre su salvador.

Entonces este no tuvo más remedio que abandonarla, en la seguridad de que ya no habia peligro para su existencia por estar muy pronunciado en aquellos momentos el descenso de las aguas.

Otro caso semejante cuenta el mismo Montoro haberle ocurrido con un huertano que se hallaba sobre el camellon de otra barraca, tambien arruinada. Este estaba sentado teniendo sobre sus piernas y abrazado un pequeño animal de cerda. Tambien hubo que dejarlo por no querer salvarse sino lo era con su compañero.

Cuadro más doloroso es el que ofrece á su vista una mujer en cinta insultada y tendida sobre el techo de su barraca, que sobrenadaba entre las ruinas. A su lado otra desdichada estrechaba contra sí á dos niños de seis á ocho años, hijos

de aquella, en cuyos semblantes estaba retratada la más suprema angustia. Montoro tomó en sus brazos á la madre que depositó cuidadosamente en la lancha; hizo entrar en ella á los demás y los puso en tierra de salvacion, entre los tiernos plácemes de los espectadores que solícitos acudieron en auxilio de aquella infeliz. ¿Que hubiera sido de nosotros si no ser por los cartageneros? eran las voces que se repetian á lo largo de la ribera. ¿Que dirán de nosotros los cartageneros? decian otros. Que han de decir, contestóte nuestro amigo, el contramaestre Guillen, que eñoran y sienten con ustedes sus desgracias, cual cumple á un pueblo tan compasivo y caritativo como probado tiene serlo Cartagena.

Causa compasion el oír referir las escenas que han tenido lugar en aquellas riberas, antes risueñas y apacibles, brindando to vida y deliciosa estancia; hoy páraos de desolacion y de muerte. ¿Y mi padre, y mis hermanos? ¿dónde quedan mis hijos? eran las preguntas que de todas partes se dirijan á los que llegaban, salvados y conducidos por nuestros marineros. Ven usted á buscar á mi familia, decia á estos el hijo anegado en las grimas; por Dios traiganme á mi esposa; vuelvanme el hijo de mis entrañas; mi padre, mi hermano. Tales eran los lamentos que por doquier se escuchaban. Los marineros, mojados, llenos de lodo; pero inflamados del espíritu de la compasion, solícitos é infatigables siempre se lanzaban una y cien veces con sus lanchas en busca de naufragos, segun las indicaciones que se les hacian, queriendo complacer y acudir á todos: unas dejándose correr á la ventura por una superficie traidora que ocultaba miles de escollos, para ellos ignorados, sorteando las corrientes ó agarrándose á los árboles para no ser arrastrados por ellas; otras embarcando para guias á los mismos que clamaban, sufriendo con los mas el fiero pesar de no encontrar los seres á quienes buscaban; sucediendo tambien el volver con el desconuelo de no poder arrancar de sus derruidos later multitud de seres, resueltos á salvarse ó morir allí sobre el pobre ajuar de su fortuna. No obstante; el buzo Montoro logró traer á tierra hasta diez y siete personas, todas vivas. Su compañero, el valiente cabo de mar Angel Barros, merced tambien á su arrojo y pericia, tuvo la suerte de salvar á diez y nueve.

Todo es poco cuanto se diga en alabanza de estos individuos y de los que les ayudaron en su salvadora tarea. Como sus cooperadores, los barquilleros, pasaron por los tormentos del hambre y de la sed, uniendo así al heroismo de sus esfuerzos, la virtud del sufrimiento.

El denodado Montoro pudo gozar un momento en la gratitud de un vecino de Beniajan, tiernamente demostrada, á quien habia salvado juntamente con su esposa y un hijo, dándole cena y alojamiento la noche que los expedicionarios permanecieron en aquel pueblo.

Tambien fué objeto con su compañero Rafael Gutierrez de las más tiernas demostraciones y de un generoso desprendimiento de parte de la dueña de la posada del Malecon, que rompió en lágrimas y plácemes al saber eran de los salvadores de Cartagena. El buzo Montoro cuenta y no acaba de la señora Juana.

Justo es advertir aquí, que el primer paso á nivel habilitado en la destrozada via férrea, para que el general gobernador de esta plaza pudiera pasar á Murcia se debe á la inteligencia y disposiciones del contramaestre Guillen, que hizo traviesas de los remos de sus lanchas y cubrió con zarzas de los huertanos, pasando el primero para dar seguridad á aquel de que podia hacerlo ridu de su persona.

Al dar materia á la curiosidad pública, ansiosa de conocer los detalles de la gran catástrofe de Murcia, he debido pedir al mismo tiempo con un sentido de justicia dando á conocer el valor y la abnegacion de los que oficial y particularmente han acorrido al auxilio de sus hermanos de la capital. El gobierno está ya impuesto de ello; y de desear es que la recompensa no se haga esperar mucho tiempo; y que esta sea tan pródiga y positiva, para todos y cada uno de ellos, cual piden la grandeza de sus servicios.

Por nuestra parte, sabido ya, pues los ha publicado EL Eco, los nombres de los voluntarios, daremos aquí á conocer los de aquellos de quienes nos hemos ocupado en este artículo. Justo es que su memoria se conserve entre nosotros. Aunque pobre, es el mejor galardón que pudiera ofrecerle nuestra admiracion.

Hé aquí sus nombres.

Primer contramaestre graduado de alférez de navio.
D. Leandro Guillen.

Tercer contramaestre.
Angel Barros.
Cabo de mar de primera clase.
Manuel Rey.

Idem de segunda.
Juan Vidal.
Miguel Ferrando.

Buzos.

Rafael Gutierrez.
Antonio Montoro.
Marineros de segunda.
Nicolás Pico.
Manuel Cuñca.
José Fontanet.
Ramon Guier.
José Juan Vidal.